



PINCELADAS DE BASCONIA

EL MUTILL Y SUS MONTAÑAS

Al anochecer de un delicioso día de verano, paseábase el que estas líneas escribe por los caminos y veredas de una de las más altas montañas del país euskalduna y admirando en uno de los momentos la majestuosa puesta del sol, oyó el estridente ruido de una carreta, un mugido de buey y al poco rato potente y viril voz que entonaba con mucho sabor típico una de las geniales composiciones del inmortal Iparraguirre. De tiempo en tiempo, un ¡*aida!* más robusto todavía, entrecortaba el canto de las montañas, y á medida que iba acercándose la persona indicada menudeaban los *aídas*, como enérgico remate del terminar de sus canciones. Cuando hubo llegado al lugar en que me encontraba contemplando uno de los cuadros más grandiosos de la naturaleza, cual es la puesta del sol, detúvose también sugestionado y

atraído por aquel panorama encantador. La comitiva no podía ser más sencilla á la par que euskalduna. Una carreta de bueyes guiada por un fornido casero dirigiéndose á la humilde morada. Imposible que no mediara conversación; los dos del país, los dos atraídos por una misma causa, los dos presenciando iguales efectos, los dos solitarios y los dos rayando en la juventud.

El casero era un tipo genuinamente bascongado; arrogante figura, franca mirada, espaciosos frente, tez algo morena, aseado en el vestir, abarcas bien aparejadas y boina algo ladeada; sus hombros cubiertos por limpia blusa sostienen el *akullu* que secunda á la voz del *jaida!*

Me dirigí hácia él preguntándole de dónde venía y quién era. Me contestó era hijo de las montañas; el *baserri*, el *mutill*, el *casero*, como quieran llamarme. Yo soy el que con mi tosco carro voy hacia la aldea, y llego á los pueblos, y por las ciudades paso, y yendo de uno á otro lado, y traficando con unas y otras gentes, y discurriendo en todos los lugares, y salvando peligros y contrariedades, y teniendo honrada fama, con el corazón generoso lanzo y grito: *jaida!*

Yo sacrifico mi vida para mantener á mis ya ancianos padres y con arduas labores gano el jornal del día; mis obras todas se las ofrezco al Señor Omnipotente, y cuando las campanas de la ermita repican el toque de oración y todo está en silencio, y en majestuoso respeto, hincome de rodillas balbuciendo preces que brotan del corazón; levanto más tarde mis ojos al firmamento y cuando ya se me figura que *Jaungoikoa* ha recogido mis súplicas fervientes, entonces voy al ganado y arengándole con la *makilla* grito con inmensa alegría, *jaida!*

Cuando la primavera ofrece al campo una vegetación lozana y fresca y los árboles reverdecen y las flores muestran caprichosos dibujos; cuando cubierto el campo de verde follaje, también verdean los prados, saltando y aleteando por árboles y enramadas sin fin aves y pajarillos; cuando traspasando con mi carro las montañas oigo el concierto natural y armónico de todos sus elementos, surge con toda la energía de mi espíritu el

eman ta zabal zazu
munduban frutuba,
adoratzen zaitugu
arbola santuba!

entonando al final ni feliz é inolvidable *jaida!* Soy aquél que se

levanta á la aurora y después de visitar la *Ama Birjüna* de la ermita cercana, corro á la heredad para labrar una tierra ingrata y poco productiva; y aunque la mañana fría como el hielo entumezca mis miembros, y agriete mis manos y amorate mi rostro; y aunque calurosos rayos del sol estorben á mis faenas y hagan caer copioso sudor de mi frente; y aunque vientos y tempestades hagan perder parte del fruto y cosecha de mis desvelos, yo siempre, siempre voy guiando la pareja que atraviesa las montañas con el mágico grito del *jaida!*

Aunque los domingos acudo á la misa mayor de la aldea, á veces á vísperas, y aunque en ese día no me faltan conversaciones y pasatiempos más ó menos chistosos; y aunque en ocasiones soy el protagonista de los hermosos bailes euskaros, y salto y brinco y hago los dibujos del *auresku*, y juego á los juegos campestres, lanzando la bola que desbarata las *brillak*, como la chapa que hace la *toca*; y aunque á pesar de todo ello mi imaginación parece que no recuerda otro pasaje de la vida; sin embargo, jamás me olvido del *aida*, y cuando á solas me retiro al dulce y bendito hogar, repercute en la soledad de todo el monte el grito que de costumbre y contento lanzo de mi pecho *jaida!*

Todo esto que le cuento es mi vida y mi ser.

Alzando el *akullu*, guío á mi ganado y al despedirme para continuar á mi deseado reposo mi yunta acaso permanecería quieta, mi carro no rodaría por las bajadas y cuestas, yo continuaría solitario por los caminos si al *ariyo* que á V. dirijo no siguiera el hermoso, enérgico y cautivador *jaida!*

De este modo se retiró á su humilde caserío aquel hijo de nuestras montañas, aquel joven fornido y bien formado, tipo verdaderamente ejemplar de nuestra gente, digno morador de nuestras montañas euskaldunas.

Cualquiera que haya recorrido nuestras montañas, habrá observado las maravillas de la naturaleza que en ellas están encerradas, la historia verdaderamente grande que ellas hacen recordar, los hechos heroicos y gloriosísimos que surgen en la imaginación de toda vida intelectual á la mera presencia de las históricas é inmovibles montañas euskaldunas.

Enfrente de las áridas y africanas llanuras del interior en donde el espíritu parece decaer melancólicamente sin que encuentre nada que le borre esa impresión; enfrente de aquellas abrasadoras llanuras, de los

desnudos campos, de las agostadas y polvorientas tierras; enfrente de todo ese mar de tierra llana están colocadas para el viajero del universo entero las montañas del Norte con las alas del cuento de la más honda fantasía y la literatura de mayores vuelos, siquiera no sean los más deslumbradores.

¿No veis correr esos ríos en concertadas armonías y continuados encuentros? ¿No veis cómo se forman esas magníficas fuentes productoras de purísimos y lípidos cristales? ¿No observais esos arroyos, cascadas y remansos en sus melodiosos cursos y en sus poéticos saltos, correr á uno y otro lado para llegar y entrar majestuosamente en el Cantábrico?

Sí que lo veis y lo admirais, pero todavía contemplais algo más: contemplais esos pintorescos cerros rodeados de sinnúmero de blanquísimos caseríos; esos bosques, muchas veces impenetrables, en donde moran aves y animales de variadas clases; contemplais hileras interminables de manzanos, nogales y castaños que continúan hasta la cumbre de las montañas, de donde se admiran añosos robles, hayas, encinas, etc.; contempláis cómo este Cantábrico, ora turbulentísimo, lanzando roncos bramidos de furor y rabia, ora mansísimo, refulgente, cual si fuera tendido espejo del firmamento, muere humilde á los areniscos piés de nuestras playas, trocando sus furiosas y espumantes ondas por un beso de cariño dado al pié de las más asperas estribaciones de la costa; contemplais y sentís ese aroma suave delicadísimo del ambiente de sus puras y frescas brisas y esa luz de inacabables luminares que surge del sol de todos los horizontes. Son las montañas jamás dominadas, ni remotamente, por el extranjero; montañas sobre cuyos dorados maizales y fragantes flores la lira de los poetas euskaldunas ha pulsado aquellas inspiraciones sencillas verdaderamente patriarcales que a manera del arpa de Salomón arrebatan el ánimo á las armonías más misteriosas y á los más dulces transportes del alma; montañas á cuya vista compuso el inspirado Iparraguirre, en aras de las libertades bascas, el himno más humano y hermoso que existe en el mundo, con el que se congregan todos los bascongados bajo el monumento más antiguo de la libertad verdadera, el árbol de Guernica. Su aspecto es tan bello como bello fué el primer arrullo de nuestros padres, la primera planta que brotó en los campos, el primer amor que nació en el corazón, la primera aurora que surgió en el crepúsculo, el hogar donde se meció nuestra cuna y la primera plegaria que rezaron nuestros labios.

Desgajad las montañas á las provincias bascongadas, reducidlas al polvo, á la nada, y habréis suprimido con ellas al *mutill*, al representante de las hermosuras más agrestes y sublimes bajo tal punto de vista. Porque en esas montañas palpita el espíritu, la vida de costumbres santas, el amor á las tradiciones, respeto á la autoridad, entusiasmo por el trabajo y la tranquilidad y paz más envidiables; porque las montañas de Euskaria son todavía un precioso lugar que gracias á la Providencia se conserva como ejemplo perdurable á la humanidad toda; y así como la antigua Ninive presentaba su pompa á todos los mundos; y Jerusalén sus profetas; y Atenas sus héroes, así también esta Euskaria presenta sus gloriosas montañas como digno modelo del vivir de una raza ejemplar.

Es verdad que por sus escarpadas rocas han corrido torrentes de sangre en medio de grandes catástrofes y tragedias que dan espanto, y el rumor de sus brisas parece que todavía hace resonar lúgubres lamentaciones y elegías enternecedoras; pero aquellas lágrimas y aquellos gemidos han colocado la losa colosal que cubre y sepulta para siempre en amoroso olvido odios fratricidas, levantando el mausoleo de la paz.

Paz santa que hace hoy de esos mismos montes delicadísima mansión de espíritus sencillos; paz, que aun entre grandes desdichas, privaciones mil y tristezas sin cuento, debe perpetuarse por todas las generaciones venideras.

Así vivirá libre el *mutill*, y cuando gritando el ¡*aida!* rueda su carro por todos los caminos, y recorra las montañas, y salve las aguas de sus ríos, podrá resonar en todas las alturas la frase atractiva para todo euskalduna: *pakea eta lana. ¡Aida!*

ADRIÁN DE LOYARTE.

